

EL PAPA ORANTE

Manos juntas, manos elevadas.

Se refiere del Cardenal Pacelli este episodio: Proyectaban en su presencia la película documentaria del Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires. Cuando desfiló por la pantalla la grandiosísima procesión de clausura, Su Eminencia, ante aquel imponente espectáculo de fe y de piedad, expresó su intensa emoción con frases de admiración y de entusiasmo. Y a quienes observaban que mucho más impresionante debía haber sido la realidad, sobre todo para quien fuera en ella personaje tan principal, el Cardenal contestó sencillamente que le había sido imposible apreciarla, pues, durante la procesión, no había visto sino la Hostia Divina, ante cuya Majestad estaba absorto en adoración. En efecto — como se leía en la crónica oficial del Congreso — “su palidez, su arrobamiento, la perfecta inmovilidad de sus manos juntas, aún la esplendorosa capa de oro que cubría su figura de asceta daban la impresión no de una escena viviente, sino de una maravillosa estampa bizantina”.

Durante las celebraciones teresianas y eucarísticas de Lisieux, en 1938, un cronista comentaba: “El Cardenal Llegado, bajo el palio, parecía una estatua en oración. Desprendiase de su persona tanta irradiación de virtud sobrenatural, que convirtió a más de un alma. Muchas personas declararon haber recobrado la

fe al paso del Santísimo Sacramento, conducido por el Cardenal Pacelli”. Era la irradiación de aquella insigne piedad, que movió al Papa Pío XI — antes que ninguna de las múltiples prendas del Eminentísimo Purpurado — a escogerle para el delicadísimo cargo de Secretario de Estado, pues “su espíritu de piedad y de oración no podían menos de impartirle la abundancia del auxilio divino”.

Más tarde, el conocido escritor francés Henri Bordeaux, trazando el perfil de Su Eminencia, decía: “Se asemeja a un personaje del Greco. Hay en él la esculptura suprema del cuerpo, demacrado y casi transparente, que parece hecho únicamente para servir de abrigo al alma; el rostro alargado a la manera de Pascal y del gran Condé; hay sobre todo la vida espiritual concentrada en una mirada extraordinaria, casi sobrenatural...”.

Sugestivas comparaciones éstas. Y quisiéramos sugerir otra, una preconización figurativa de la actitud litúrgica del sumo Pontífice más simbólica quizás que las insinuadas por los mosaicos de las catedrales románicas, más impresionante que las personificaciones de la plegaria que nos han dejado los maestros del cincel, más convincente que los ascetas incorpóreos que soñó y pintó Theotocopulos: el hierático orante de las catacumbas.

Ahora el agosto Orante del Vaticano, llegado a la cumbre de su Calvario, después de tanto juntar sus manos venerandas, abre los brazos y extiende las palmas en un gesto más solemne, más sacerdotal. Y su diáfana figura de anacoreta dibuja la sombra larga de la cruz.

Orante y maestro de oración.

El Pontificado de Pío XII se desarrolla bajo el signo de la oración. "Esta hora tempestuosa es la hora de volver a Dios, de pensar en Dios; es la hora de orar, de invocar al Altísimo": así lo proclamó él mismo el 21 de enero de 1942.

La guerra, que ha desencadenado todas las fuerzas — de las armas y del espíritu, de la ofensa y de la caridad, del odio y de la compasión, de la desesperación y de la esperanza a todo trance — ha desplegado también, en gran escala, la fuerza invisible de la oración. La oración ha estallado en la guerra, poderosa e irresistible, invadiendo el cielo con más violencia que el fragor del combate, que el estruendo de las máquinas mortíferas, que la vocinglería de las imprecaciones, que el clamor del llanto, con más atrevimientos que las alas de acero de los aeroplanos. Y el Papa, con la plena conciencia de su primordial responsabilidad, se ha colocado a la cabeza del vastísimo ejército de orantes, como Comandante en Jefe de esta misteriosa guerra dentro de la guerra, para conquistar la misericordia de Dios. Porque el Vicario de Jesucristo, antes que Soberano y Juez, antes que Pastor y Maestro universal, antes que Padre de toda la Cristiandad, es Pontífice — vicario sí, pero legítimo — escogido de entre los hombres y puesto en representación de ellos, en lo que a Dios toca, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados y se compadezca de los que ignoran y yerran" (Hebr 5, 1-2):

"A semejanza de Moisés, el orante del monte Horeb, Nos toca contemplar, desde esta colina Vaticana, una gigantesca contienda de los pueblos de la tierra que se han lanzado los unos contra los otros. Asistimos a un terrible conflicto espiritual, que no es sino un episodio de la lucha permanente e íntima del mal contra el bien, de Satanás contra Cristo. Nos, las manos suplicantes tendidas constantemente al Cielo, sentimos pesar sobre nuestros hombros la carga de una responsabilidad indecible, apretar nuestro corazón un dolor hondo, que halla en

vosotros, fidelísimos, un confort, en este vuestro permanecer junto a Nos, sumando vuestra oración a la nuestra, vuestros sacrificios a nuestras penas, vuestras obras a nuestros trabajos" (17 de enero de 1943).

Movilizar en la guerra las energías misteriosas de la oración para el advenimiento de la paz. es ésta la herencia más sagrada que recogió Pío XII de su inmortal Antecesor, Su Santidad Benedicto XV, desde aquel día de enero de 1915 en que, siendo Secretario de los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, escuchó de labios del gran Pontífice de la paz, en la Basílica Vaticana, la histórica plegaria: "Espantados por los horrores de una guerra que trastorna pueblos y naciones, nos acogemos, oh Jesús, como a refugio supremo, a vuestro amantísimo Corazón. . ."

Las vidas paralelas de Benedicto XV y Pío XII tienen en esta actitud ante la conflagración bélica las más impresionantes coincidencias. Como el Papa de la primera guerra mundial, Pío XII no se cansa de implorar, de suplicar, con acentos conmovidos, con atrevida confianza, con fe imperturbable:

"O Jesús, rey de los reyes y señor de los señores, aquí sobre la tumba de vuestro primer Vicario en la tierra, piedra fundamental de la Iglesia que fundasteis por la salud del género humano, nos postramos suplicantes con todo vuestro pueblo derramado por la faz del globo... Bajad del monte, como en la noche que siguió la multiplicación de los panes; pasead sobre las olas; retened los vientos, aplacad la tempestad, afinad la zozobrante barquilla de vuestros discípulos, disipad las tinieblas y llevadnos al puerto de la paz. Haced que los hombres sientan que sois la luz del mundo y retornen a Vos; que depongan a vuestros pies sus armas; que sobre el ara de una paz cristiana, las mentes y las voluntades discordes de los que son árbitros de los destinos de las naciones, con mútua confianza y noble sinceridad os ofrezcan, a Vos, Dios autor y amador de la paz, como magnánima victoria sobre las pasiones, el sacrificio de un olvido generoso de toda ofensa, restaurando en la justicia y en el amor el honor y la concordia de los pueblos". (4 de marzo de 1940).

"Triunfad en el mundo, Dios de los ejércitos! Y aquella paz que Vos dejasteis a vuestros apóstoles y Nos invocamos para todos los hombres vuelva otra vez en medio de los pueblos y las naciones, a quienes el olvido de vuestro amor separa, el rencor envenena, la venganza enardece. Oh Jesús, dispersad el tor-

bellino de muerte que se cierne sobre la humanidad por Vos redimida; haced un solo redil pacífico para vuestras ovejas, para las dóciles y para las errantes..." (5 de Mayo de 1940).

Mientras en ambas guerras las exhortaciones de paz del Papa resuenan en el desierto, mientras se hace el vacío en torno a su sapientísimo programa de restauración del orden social, o se tergiversan sus nobles propósitos, mientras se ponen cortapisas a su heroica y universal labor de caridad y de consuelo en pro de todas las víctimas del conflicto, su plegaria asciende al Cielo perseverante, insistente, férvida, vencedora de las pruebas más duras. A la luminosa definición que San Ignacio de Antioquía diera del Pontificado Romano, llamándolo "Presidente de la Caridad", bien podríamos añadir esta otra: "Presidente de la Oración".

"La verdad es nuestra arma, así como nuestra defensa, nuestra fuerza es la oración. Bajo la vigilante y pródiga Mirada de Dios, orando, exhortando y confortando, perseveraremos en nuestro combate por la paz..." (13 de abril de 1941).

Pío XII ora siempre. En los solemnes ritos pontificales, entre las aclamaciones de las muchedumbres, y a solas con Dios; en las procesiones propiciatorias, con la cruz a cuestas, y entre los escombros humeantes, después del terrible bombardeo de su ciudad episcopal; ante el sagrario y ante el micrófono. Ora con sus labios, con su pluma, con su gesto, con sus penitencias, con sus lágrimas

La oración es tema preponderante en el fecundísimo "ministerium verbi" de Su Santidad. Sería interminable la serie de documentos pontificios que podríamos citar para ilustrar esta constante y palpitante preocupación del Papa: sus allocuciones al Sagrado Colegio, sus discursos a la Acción Católica y a las distintas asociaciones piadosas, sus exhortaciones a los sacerdotes y a los seminaristas; sus audiencias a los recién casados (en las del 16 de octubre de 1940, del 2 y 4 de julio de 1941 y del 8 de octubre del mismo año no habla sino sobre este argumento); sus estupendas homilías, particularmente la del XXV aniversario de su Consagración Episcopal, que engarza una sublime invocación al Espíritu Santo; sus transcendentales radio-mensajes al mundo entero.

En la Encíclica "Mystici Corporis" el Sumo Pontífice dedica no menos de seis páginas al estudio de la oración cristiana, de sus caracteres e intenciones. A un grupo de 20 000 obreros y obreras, después de instruirlos sobre la dignidad, los deberes y los derechos del trabajo, les recomienda paternalmente la plegaria cotidiana, que convierta sus fatigas en himno de alabanza a Dios. Se complace particularmente con los soldados que acuden a orar sobre la tumba de San Pedro y quiere que su oración sea verdaderamente católica:

"Con preocupación intensa, elevaréis vuestras plegarias por vuestra tierra natal y por todos los seres amados que en ella peligran. Con caridad cristiana, orad también por todos los que, en el orbe entero, se han convertido en víctimas desamparadas de esta guerra espantosa" (9 de agosto de 1944).

A los párrocos y cuáresmeros de Roma, que el 13 de marzo de 1943, acudían a recibir las veneradas directivas de su Obispo, les trata únicamente el tema de la oración. Y concluye así su importante instrucción:

"Si nos preguntáis qué es lo que esperamos hoy de nuestros diocesanos, os contestaríamos: su oración y el ofrecimiento a Dios de sus sacrificios. La humanidad vive hoy una de sus horas más árdidas y dolorosas... Y la Iglesia, nacida para la humanidad, no terminará sino con ella y siempre, hasta la consumación de los siglos, tendrá consigo a su divino Fundador... No es, pues, la hora de temer, sino de orar. Como los apóstoles, gritemos al Salvador: "Despierta, ¿por qué duermes, Señor? Despierta, no nos rechaces para siempre. Levántate, Señor, y ayúdanos!" (Ps 43 24,27). Unámonos a nuestras plegarias los innumerables sacrificios de esta hora triste y solemne, las lágrimas, los sufrimientos, las muertes que ensombrecen el mundo. Nuestra plegaria, empapada en nuestro llanto, con sus acentos acongojados conmoverá el corazón piadoso de Cristo, quien, en su sueño aparente, vela por la Iglesia, por nosotros, por el mundo. ¿Cómo podría la Iglesia faltar a su misión que, en circunstancias como éstas, ha sido siempre la de implorar la gracia de Dios y su misericordia con la oración y la penitencia, en unión con el sacrificio eucarístico del Hombre-Dios?"

Piedad mariana.

La devoción a la bienaventurada Madre de Dios — una devoción meditada y profunda, a la par que filial y cariñosa — es una de las notas distintivas de la

espiritualidad de Pío XII. Es también una de las más caras prendas de su educación familiar y eclesial, y el sello de todo su multiforme apostolado. Nos lo confesó él mismo, en el cuadragésimo aniversario de su Ordenación Sacerdotal, desde la basílica de Santa María la Mayor, en donde celebrara su primera Misa:

“Lo que vamos a decir es una realidad íntima y regocijante: nuestro sacerdocio, que se inició bajo los auspicios de María, se ha desarrollado siempre bajo su mirada. Y si en nuestra vida hemos realizado algo bueno, justo y útil para la fe católica, no hemos de gloriar-nos en nosotros mismos, sino en Dios y Nuestra Señora. Colocados bajo la protección y tutela de María, en las perplejidades y dudas en que nos hemos encontrado con frecuencia, hemos invocado a la dulcísima Madre, y el recurrir con-fiadamente a ella nunca ha sido vano, porque de ella hemos obtenido siempre luz, defensa y consuelo. Quiera conti-nuar la fidelísima Tutora, con su acos-tumbrada benignidad y condescendencia, ayudando a su pupilo, que hoy más que nunca necesita eficaz auxilio, porque so-bre sus hombros pesa la grave carga del ministerio apostólico” (8 de diciembre de 1939).

En estos seis años de guerra, el Santo Padre no ha desfallecido en su constan-te y confiado recurrir a la intercesión de la Virgen Santísima. De su supre-mo magisterio ha emanado una esplén-dida constelación de documentos maria-nos, como una nueva aureola en torno a la augusta Reina de la Paz. Entre ellos se distinguen las nueve Cartas Autógrafas dirigidas al nunca bien llo-rado Cardenal Maglione, promoviendo, particularmente entre los niños — “cán-didas legiones de inocentes que como azucenas se abren a los pies de María”— sendas cruzadas de oraciones a la Vir-gen, al aproximarse de los meses de mayo y octubre, consagrados a su de-voción, y los mensajes radiofónicos con los que el Santo Padre se hizo presente en los Congresos Eucarísticos Naciona-les celebrados últimamente en la Améri-ca Latina — Santiago de Chile, San Paulo del Brasil, San Salvador, Arequi-pa y Trujillo en el Perú, Santa Fe y Buenos Aires en la Argentina — y que terminan indistintamente con una cálida invocación a la Virgen, bajo la ad-vocación tradicional de cada una de las naciones iberoamericanas.

Más transcendental y más significati-

va aún es la consagración del género humano al Corazón Inmaculado de Ma-ría, proclamada el 31 de octubre de 1942 y renovada solemnemente en la Basílica Vaticana el 8 de diciembre siguiente. Este inspirado gesto del Pontífice, que tan universal y unánime resonancia tuvo en el orbe católico, permanecerá por los siglos como monumento máximo de la piedad mariana de Pío XII. ¿Quién no recuerda con conmoción aquella patética plegaria del Padre Santo?

“Reina del Santísimo Rosario, auxilio de los cristianos, refugio del género hu-mano, vencedora de todas las batallas de Dios!... A Vos, a vuestro Inmaculado Corazón, en esta hora trágica en la his-toria de la humanidad, confiamos, en él depositamos, a él consagramos no sola-mente la Santa Iglesia, cuerpo místico de vuestro Jesús, que sufre y sangra atribulada en tantas partes y de tan di-versas maneras, sino todo el mundo des-trozado por feroces discordias, requema-do en un incendio de odio, víctima de las propias iniquidades. Que os conmuevan tantas ruinas materiales y morales, tan-tos dolores, tantas angustias de padres y madres, de esposos, de hermanos, de inocentes niños; tantas vidas segadas en flor, tantos cuerpos lacerados, tantas almas torturadas y agonizantes, tantas en peligro de perderse para siempre!”

No podía la munífica Intermediaria de todas las gracias negar a su insigne y ferventísimo Devoto algún signo tan-gible de soberana complacencia. Y éste fué la prodigiosa liberación de Roma de las devastaciones bélicas. El Papa, con el corazón henchido de gratitud y de nuevas esperanzas, corrió a postrarse ante la imagen de la celestial Libertadora — “la Madonna del Divino Amo-re” — en el templo ludovisiano de San Ignacio. Y en ese memorable atardecer del domingo 11 de Junio de 1944, Pío XII, confundido entre la muchedumbre de sus diocesanos y de los soldados aliados que acababan de entrar pacíficamente en la Urbe Eterna, se hizo una vez más elo-cuentísimo intérprete de los sentimientos de todos, con una nueva tocante ora-ción:

“... Abrenos, oh María, ábrele siem-pre ese Corazón divino de tu Hijo y de-rrama sobre estos otros hijos tuyos, a veces tan desdichados, los tesoros de bondad y misericordia que en él se en-cierran reservados para quienes a él se acercan con humildad sincera y con fe inconmovible!”

Antena de todos los dolores.

"Mientras esto escribimos — observa — ba el Papa al dictador la más profunda de sus lecciones sobre el mérito, la dignidad y la eficacia de la oración en la Encíclica "Mystici Corporis" — se presenta ante nuestra mirada una ingente multitud de desvenurados, que Nos hace llorar amargamente. Nos referimos a los enfermos, a los pobres, a los mutilados, a las viudas y huérfanos y a muchos otros que por sus propias calamidades o por las de los suyos no raras veces desfallecen hasta morir" (29 de junio de 1943).

Ante esta lúgubre procesión, el Vicario de Cristo, como otrora nuestro Divino Salvador, "se compadece entrañablemente de estos infelices, viéndolos así desamparados y abatidos, como ovejas sin pastor" (Mt. 9,36), y les abre de par en par su corazón:

"El amor de un padre — son palabras del Papa a los refugiados polacos que tuvieron el trágico privilegio de ser las primeras víctimas de la monstruosa conflagración mundial — se interesa en todo lo que toca a sus hijos, ¡cuánto más en lo que les hiere! A cada uno de ellos quisiera él repetir la palabra de San Pablo a los de Corinto: "¿Quién de vosotros puede sufrir sin que yo también sufra?" Hacemos vuestras todas vuestras miserias, todas vuestras aflicciones, todos vuestros duelos. Porque el amor del Papa para con los hijos de Dios no conoce límites, así como no conoce fronteras. Todos se hallan en su casa cuando se aprietan en torno al Padre Común; todos tienen un puesto en su corazón" (30 de septiembre de 1939).

Concluyendo esta primera alocución consolatoria, Pío XII considera la portentosa potencia de la fe, que endulza, trocándolas en plegaria, las lágrimas más amargas. Y con delicadeza exquisita, con su innata sensibilidad artística, compara la transfiguración sobrenatural del dolor con el poder mágico de la música, que sabe convertir en vibraciones de gozo las más dramáticas vicisitudes humanas:

"No os decimos: Enjugad vuestras lágrimas! No Cristo, que lloró la muerte de Lázaro y la ruina de su patria, recoge una a una, para vuestro galardón, las lágrimas que derramáis sobre vuestros queridos muertos y sobre vuestra heroica Polonia que no quiere morir. Para el cristiano, que conoce el precio sobrenatural de estas perlas, las lágrimas poseen su propia dulzura. Del resto, ¿no hay en cada uno de vosotros un poco del alma de vuestro inmortal Chopin, cuya

música ha realizado el prodigio de crear gozos profundos e inagotables con vuestras pobres lágrimas humanas? Si esto pudo el arte de un hombre, ¿adónde no llegarán, en el arte de aliviar nuestros íntimos dolores, la sapiencia y la bondad de Dios?"

Cuando, a fines de 1940, la guerra adquiría claramente el carácter de una destrucción total, en una inexorable porfía entre la ofensa inflexible y la severa represalia, el Papa reunía en torno suyo, en la Basílica de San Pedro, a los fieles de la Ciudad Eterna, en comunión espiritual con el resto del mundo católico, para un solemne rito de expiación. Y en los acentos acongojados que fluían de sus labios, los dolores sin número y sin nombre de toda la humanidad — como las ofrendas del sacrificio en la patena del celebrante — se transformaban en altísima plegaria:

"Oh Padre nuestro que estáis en los cielos, dirigid vuestra mirada hacia Cristo, vuestro hijo, ved las huellas cruentas de sus heridas! . . . Oh Jesús, alvador nuestro, hablad por nosotros al Padre! Vos que tenéis las llaves de la vida y la muerte, dad la paz del descanso sempiterno a las almas de todos los fieles que el torbellino de la guerra arrastró hacia la muerte, conocidos y desconocidos, llorados y no llorados, sepultados bajo los escombros de las ciudades y de las aldeas, dispersos por las llanuras ensangrentadas, por las colinas desgarradas, en los abismos de los despeñaderos y en los remolinos del mar. Descienda sobre sus penas vuestra sangre purificadora y blanquee sus vestiduras y las haga decorosas y fúlgidas ante vuestra presencia beatificante.

"Haced, ¡oh amante consolador de los afligidos!, que la paz, el consuelo y la resignación lleguen a tanta pobre gente vencida por el pesar y la tribulación, a los desterrados, a los refugiados, a los errantes ignorados, a los prisioneros y a los heridos que confían en Vos! Enjugad las abundantes lágrimas de las esposas, de las madres, de los huérfanos, de tantos que quedaron desamparados, las lágrimas furtivas que caen sobre el pan del dolor comido tras largos ayunos, en las chozas frías; en pan repartido entre los niños que a menudo fueros llevados a vuestros altares para rezar por el padre o el hermano mayor muerto, herido o desaparecido .

La paz entre los hombres, que Vos deseáis, está muerta! Devolvedle la vida, oh divino vencedor de la muerte! Que por Vos, al fin se calmen la tierra y el mar! . . ." (24 de noviembre de 1940).

Como una inmensa antena, enhiesta en el centro espiritual del universo, la

vigilante paternidad del Sumo Pontífice capta incesantemente las voces lastimeras de todos los que lloran y los silencios de los que penan callando, y forma con ellos como un haz gigantesco y los irradia hacia el trono de Dios para que, confundidos estos dolores humanos con los dolores infinitos del Divino Redentor, ninguno de ellos sea en vano: . .

"Oh Hijo del Padre Celestial, Tú que en los brazos de tu santísima y dulcísima Madre María y bajo el solícito cuidado de tu castísimo Padre putativo José, cuando eras aún tierno niño quisiste ser un refugiado, concede a los que hoy vagan errantes sin techo esa inmutable conformidad con el divino querer que entonces elevó y santificó los sufrimientos de tu familia en el exilio Tú que, siendo señor de todos los bienes de la tierra, pudiste decir de Ti mismo: Las zorras tienen sus cuevas y los pájaros del aire su nido, pero el Hijo del Hombre no tiene en donde reclinar su cabeza, haz que estos hijos e hijas nuestros, costreñidos por angustia inenarrable y dislocados de sus casas, saquen del ejemplo de tu voluntaria pobreza la fuerza divina y el cristiano valor para soportar con dignidad y meritoria paciencia las amarguras de su vida desdichada . . ." (12 de marzo de 1944).

Claridades en la noche oscura

"Siempre, amados hijos e hijas, pero de manera especial en esta hora — en vuestra hora de dolor y de prueba — nuestro corazón paternal está cerca del vuestro. Sin embargo todos nuestros empeños no pueden detener de súbito esta guerra horrenda. No podemos devolver la vida a vuestros mados muertos. Ni reconstruir vuestros hogares hechos pedruzcos. Ni aliviaros de todas vuestras ansiedades. Mucho menos está en nuestro poder abrirnos el futuro, cuyas llaves están en las manos de Dios, quien gobierna el curso de los acontecimientos y ha

fijado el momento en que habrán de resolverse en paz. . . ." (24 de diciembre de 1943).

. Entonces — se preguntan muchos — ¿qué han conseguido tantas oraciones?

Para los que tenemos la dicha de comprender el privilegio que nos otorgara el Divino Redentor enseñándonos a elevar nuestros corazones hacia el Padre que está en los cielos, la respuesta es tan cierta y consoladora como la misma consoladora verdad de nuestra Redención: tan sólo la unión sobrenatural con Cristo — ya que esto es en último término la oración—nos hace dignos y aptos para "cumplir en nuestra carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en pro de su cuerpo místico, la Iglesia" (Col. 1, 24)

Para los que no conocen otro cielo fuera del que surcan los pájaros y los aviones, una respuesta adecuada — dentro del limitado orden de ideas con las que están familiarizados — acaso sea imposible. Sólo podemos insinuar una nueva pregunta, compleja y desconcertante: Si bajo el rodar de la brutal maquinaria bélica germina todavía tanta bondad; si en el abandono supremo tantas almas han sentido cerca de sí a Dios, a quienes creyeron haber despedido para siempre y otras muchas has echado de menos su presencia insustituible; si entre el fanático furor de tanto inofensivo homicidio, de tanto suicidio inútil florecen sin cesar episodios de auténtico heroísmo; si al espíritu humano le queda todavía valor para rebelarse contra la prepotente dictadura de la materia, ¿habrá algo que explique tan impresionantes fenómenos mejor que aquel perenne juntar las manos, aquel incansable levantar los brazos del Pontífice orante?

Mons. Sebastian Baggio